



México Interdisciplinario / Interdisciplinary Mexico

ISSN 2193-9756



## XXI. NARRATIVA CRIMINAL EN(TRE) MÉXICO Y LA ARGENTINA

2022/1, año 11, n° 21, 125 pp.

Editores: **Hernán Maltz / Yasmin Temelli**

DOI: 10.23692/iMex.21

### Lo policial en la no-ficción de Rodolfo Walsh y periodistas del México actual

(pp. 99-111; DOI: 10.23692/iMex.21.8)

**Roberta Bassi**

(Universität zu Köln)

#### **Abstract:**

The non-fiction novel, genre between journalism and literature improved by the Argentinian journalist-writer and *militante* Rodolfo Walsh with *Operación Masacre* (1957) to denounce a crime of the State, shows different typical aspects of crime fiction, another genre practiced by Walsh through which he was famous in his country. The use of these literary tools allowed him to bring his denunces to a larger public than if he were doing it only through traditional journalism. This aspect makes the lecture of his non-fiction books specially interesting. Today in Mexico several reporters of investigative journalism published their denouncements in the same way of Walsh: the cases of Lydia Cacho and her colleagues Sergio Gonzales Rodríguez and Diego Enrique Osorno show an interesting comparison, no matter the different historical and political context.

**Key words:** Rodolfo Walsh, Lydia Cacho, Sergio Gonzales Rodríguez, Diego Enrique Osorno, crime fiction



Licencia Creative Commons Atribución-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-SA 4.0)

Website:

[www.imex-revista.com](http://www.imex-revista.com)

Editores iMex:

Vittoria Borsò, Frank Leinen, Guido Rings, Yasmin Temelli

Redacción iMex:

Hans Bouchard, Javier Ferrer Calle, Bianca Morales García, Emiliano Garcilazo,  
Ana Cecilia Santos, Stephen Trinder

## **Lo policial en la no-ficción de Rodolfo Walsh y periodistas del México actual**

**Roberta Bassi**

**(Universität zu Köln)**

En la literatura de no-ficción con fines de denuncia, impulsada por Rodolfo Walsh (Choele Choel, Argentina, 1927, *desaparecido* en Buenos Aires el 25 de marzo de 1977) con *Operación masacre* en 1957, la figura del periodista-detective tiene un papel fundamental para el éxito de los libros y por ende de la denuncia transmitida por las y los autores, que son al mismo tiempo periodistas denunciadores y detectives protagonistas. Este artículo propone una lectura de la literatura de testimonio de Walsh enfocada en los aspectos detectivescos y, a partir del ejemplo del precursor argentino, se centra en las mismas dinámicas reconocibles en el panorama del periodismo de investigación mexicano actual, a través del análisis de los casos de la periodista Lydia Cacho y de los colegas Sergio González Rodríguez y Diego Enrique Osorno.

Sin olvidar que en el periodismo narrativo con fines de denuncia el aspecto decisivo que refleja "el lugar desde donde los escritores escriben y por ende desde donde quieren ser leídos" (Piglia 2016: 23) es su intención ética —que va mucho más allá del resultado estético—, nos parece de todos modos interesante proponer una lectura que tenga como eje el aspecto relativo a la ficción policial que subyace a la escritura de tales libros y sirve a su éxito bajo diferentes puntos de vista. Antes que nada, la necesidad de un lector activo, que sepa captar el desafío del autor; luego, la presencia del periodista en primera persona, que se vuelve detective y acompaña al lector a través de sus descubrimientos, evidencias de la denuncia, del que se hará cómplice al final. Presentar las informaciones ciertas de las que dispone el periodista de investigación, dándole estructura de relato policial, permite, por un lado, motivar la lectura de algo que correría el riesgo de ser demasiado difícil de asimilar, por su complejidad y la cantidad de información detallada y, por el otro, anclar esta serie de datos a personajes hábilmente contruados con los que el lector desarrolla empatía, siguiendo con ansiedad sus (des)aventuras.<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> El juego de palabras, surgido al pensar la cuestión en italiano, conlleva el doble sentido que está en el centro del presente artículo: por un lado, la idea de las 'aventuras' del detective remite a la novela policial, por el otro, al negativizar la palabra con el prefijo, se retoma el aspecto particular de la no-ficción: las aventuras del detective suelen acabar mal para el protagonista/autor.

## I. Walsh detective

En la tentativa de reconstruir la figura de Rodolfo Walsh como detective y encajar su literatura de no-ficción en el universo de la literatura policial, hay que considerar diversos aspectos por separado.

La influencia en su formación del policial inglés, modelo inspirador de los escritores que se dedicaron al género en la Argentina, encabezados por Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares, marcará sus primeros cuentos con *Variaciones en rojo* (1953), del que más tarde llegó a (literalmente) abominar;<sup>2</sup> siguieron el cuento de enigma 'Esa mujer' en *Los oficios terrestres* (1965) y, publicados de manera póstuma, *Cuento para tahúres y otros relatos policiales* (1987). Como nota Wolfram Nitsch, ya dentro de la producción policial de Walsh se da un punto de inflexión, debido a las distintas influencias procedentes de la literatura estadounidense, conocida a fondo a través de su oficio como traductor del inglés: "Esta exposición del patrón que se aproxima a la autoparodia, marca un punto de inflexión en el acercamiento de Walsh a la novela policial" (Nitsch en Walsh 2010a: 160s.; traducción R. B.) y con el tiempo se acerca más al estilo norteamericano de Raymond Chandler, Dashiell Hammett y Cornell Woolrich, donde el contexto social del crimen pasa a ser decisivo para la investigación.

*Operación masacre* revolucionó su relación con la literatura, llevándolo a ser el primer escritor en practicar el género de la *non-fiction novel*, que combinaba la exactitud del periodismo con el empleo de recursos literarios que acercaran la materia al lector, como es el caso del relato policial. En el prólogo declara el abandono de la "literatura fantástica" y la necesidad de dar testimonio de una "historia increíble",<sup>3</sup> pero crudamente verdadera, que lo llevará a emprender una investigación sobre sucesos del mundo real:

No sé por qué pido hablar con ese hombre, porque estoy hablando con Juan Carlos Livraga. Pero después sé. Miro esa cara [...] Me siento insultado, como me sentí sin saberlo cuando oí aquel grito desgarrador detrás de la persiana. *Livraga me cuenta su historia increíble; la creo en el acto. Así nace aquella investigación, este libro* (Walsh 2010b: 18s.; itálicas agregadas).

Salvador Ferla, historiador y escritor contemporáneo de Walsh, detecta en este primer intento de no-ficción con fines de denuncia un defecto, señalando claramente al mismo tiempo el aspecto policial del libro: "Walsh se negará a deducir conclusiones políticas, y al no conectarlo con los otros episodios de 9 de junio, lo priva de su sentido político y lo archiva en el anecdotario policial" (Ferla 2007: 164).<sup>4</sup>

---

<sup>2</sup> Véase Walsh (2007: 15).

<sup>3</sup> Véase Walsh (2010b: 18-19).

<sup>4</sup> Salvador Ferla fue autor de *Mártires y verdugos*, referido a los estallidos organizados por grupos filoperonistas el 9 de junio 1956, cuya inmediata represión por parte de la Revolución Libertadora llevó al fusilamiento ilegal de 27 personas, entre civiles y militares. Mientras Ferla se concentra en lo ocurrido

Entre la ficción y no-ficción del periodista-escritor hay dos puntos clave: un hilo rojo y un puente. El primero es la importancia en su obra del investigador, ya sea en su literatura policial a través del detective *amateur* Daniel Hernández o de él mismo, el periodista que investiga crímenes cuyas evidencias siempre lo llevarán a descubrir el Estado responsable en su trilogía de novelas testimoniales. Nota Ricardo Piglia:

Las dos poéticas de Walsh están unidas en un punto que sirve de eje a toda su obra. la investigación como uno de los modos básicos de darle forma al material narrativo. *El desciframiento, la búsqueda de la verdad, el trabajo con el secreto, el rigor de las reconstrucciones*: los textos se arman sobre un *enigma*, un elemento desconocido que es la clave de la historia que se narra. [...] Al mismo tiempo la marca de Walsh es la *politización de la investigación: el misterio está en la sociedad* y no es otra cosa que una mentira deliberada que es preciso *destruir con evidencias* (Piglia en Walsh 2013: 15; itálicas agregadas).

Daniel Hernández resultará ser claramente su *alter-ego* e incluso lo acompaña como seudónimo en varios artículos periodísticos, personificando su "pasión por la verdad", motor de su obra (García Lupo 1994: 23). Resuelve puntualmente los casos, mostrando así la ineptitud de la policía (en las figuras del comisario Jiménez y del excomisario Laurenzi); más adelante, en la realidad, los que Walsh resolverá como periodista de investigación mostrarán el aspecto criminal de la misma y a su vez la corrupción del sistema judicial que encubre el Estado.

El puente es el cuento 'Esa mujer', ficción que gira alrededor de un enigma, político y concreto: la desaparición del cadáver de Evita Perón. Gonzalo Aguilar lo define como un "ensamble" entre las distintas escrituras de Walsh: "El escritor se subordina porque no sabe la verdad (pacto testimonial), ni puede develar el enigma (pacto policial), ni posee la información (pacto periodístico)" (Aguilar 1994: 66). Piglia apunta que, en la construcción del relato, la técnica de lo "no dicho" construye el enigma; lo más importante, la clave del texto, es lo que no se nombra –probablemente debido a la vigente proscripción del peronismo–, por ende el cuento puede funcionar como un policial –es un gran ejemplo del desafío al lector, típica convención de este género<sup>5</sup> o dar lugar a una lectura politizada, previo conocimiento del trasfondo histórico-político. También en su segunda novela de testimonio, *¿Quién mató a Rosendo?* (1969), Walsh plantea ya de entrada las dos posibles lecturas, apuntando a que el aspecto de denuncia en su intención es fundamental a la hora de minimizar el registro del género policial que le subyace: "Si alguien quiere leer este libro como *una simple novela policial* es cosa suya" (Walsh

---

a los militares sublevados, Walsh se ocupa en *Operación masacre* del fusilamiento de doce civiles inocentes en el basural de José León Suárez, construyendo su denuncia gracias al testimonio de los sobrevivientes. Ambos libros "actuaron políticamente" en las filas de la resistencia peronista, llegando a ser material de formación para Montoneros, cuya primera acción fue precisamente el fusilamiento del general Aramburu, responsable de las matanzas del 9 de junio.

<sup>5</sup> Véase Walsh (2013: 22).

2010c: 25; itálicas agregadas). Aunque el recurso de estructurar el texto como si fuera una "simple novela policial" es lo que permite que el lector asimile la denuncia, en otras palabras, parte de su éxito. Salir del marco estricto y del mundo cerrado de la novela de enigma inglesa para dar espacio a la(s) barbarie(s) de la sociedad, llegar a usar el crimen para denunciar el contexto: con la literatura de testimonio Walsh llegó finalmente a la novela negra estadounidense a la que se había asomado en los últimos cuentos de ficción.

La figura del periodista-investigador-protagonista de los libros de denuncia es un conjunto de rasgos de diferentes detectives 'tipo' y conlleva la posibilidad de observar su personalidad y trabajo desde la literatura policial. Walsh refleja por una parte rasgos del detective 'todo *ratio*' de la novela de enigma inglesa, por su fina inteligencia y lógica de experto ajedrecista e inclusive en la característica de sus procesos de escritura, concisa y extremadamente planeada. Al igual que Sherlock Holmes, se vale de ayudantes en sus investigaciones: una mención especial merece la periodista española Enriqueta Muñiz que lo apoyará en el caso de la Operación Masacre; Walsh le dedica la novela, reconociendo su inteligencia y papel fundamental en la investigación, aspecto innovador en cuanto a que, en los policiales, las figuras femeninas solían estar presentes, aunque solo en roles secundarios, como amantes o secretarías.

Sin embargo, en Walsh, como en el comisario Jules Maigret de Simenon, el aspecto humano es preponderante, contrariamente a Sherlock Holmes, el esteta pura *ratio* sin amigos ni mujeres, cuya única compañía es Watson, que encuentra su razón de ser solo en la función aclaratoria que cumple en el relato, develando al lector los procesos deductivos del detective. Reflexiona Luc Boltanski, con respecto al comisario francés:

Esa humanidad queda demostrada por los *numerosos y minúsculos detalles* que salpican las novelas, relativas a sus aptitudes, incluidas sobre todo *las más triviales*, sus flaquezas, sus dudas, sus inclinaciones irreflexivas, sus gustos (sobre todo alimentarios) y sus disgustos, etc. y porque el mismo es un ser profundamente humano, *un hombre como los demás*, ni mejor, ni peor, es por lo que puede comprender a quienes se encuentra en el curso de sus investigaciones. [...] [E]sta inclinación que consiste en *entender, como un ser humano común*, a los otros, a los que caza, interroga, aprehende [...] (Boltanski 2016: 139; itálicas agregadas).

Esos detalles, considerados de sobra en el policial inglés, resultan decisivos para construir al personaje del detective, otorgándole la humanidad necesaria para crear empatía en el lector y justificar cierta conducta en la resolución de los crímenes. El Walsh personaje-detective que coincide con el hombre-periodista muestra amabilidad, comprensión y voluntad de ayudar a las víctimas a obtener justicia; gracias a estos aspectos de su personalidad, logra que las personas se le abran y colaboren, disolviendo la desconfianza frente a un periodista que desconocen.

Una diferencia abismal con Maigret es que –aunque este tenga un sentido de la justicia que lo lleva a estar a menudo en desacuerdo con sus colegas– no deja de ser un policía y representar el Estado: en *Operación masacre* la policía es culpable y el Estado encubridor; en *Caso Satanowsky* (1973), el que ordena el homicidio es el jefe de los Servicios Secretos; y, en *¿Quién mató a Rosendo?* (2010c), el asesino es un sindicalista que llega al ápice de su carrera por pactar con las instituciones. Todos los casos terminan con la completa impunidad de los culpables y hasta con un ascenso en la carrera de los policías.

La culminación de la historia, en las novelas de testimonio, no se corresponde con el descubrimiento del culpable por parte del detective o del policía (en alusión a la inteligencia superior del detective y por ende del autor), sino con la prueba definitiva de la responsabilidad del Estado. Observa Aguilar con respecto a *¿Quién mató a Rosendo?*: "El título es un 'whodunit' (quién lo hizo), pero funciona como un elemento accesorio; lo central serán las relaciones a partir de ese 'whodunit'. No importa tanto responder a esta pregunta, como trazar las relaciones que se traban a partir del delito" (Aguilar 1994: 63).

Y finalmente, si consideramos el Walsh detective en carne y hueso, es preciso decir que la saga de esos tres policiales termina con la muerte del investigador y la inevitable y definitiva imposibilidad de tener una secuela de sus (des)aventuras. El periodista-escritor, que divulgaba los resultados de sus investigaciones para cambiar la sociedad, fue aniquilado por el autor de los crímenes. Rodolfo Walsh desapareció por mano del Estado el 25 de marzo de 1977 y, con él, Daniel Hernández. No obstante, los dos permanecen vivos en la literatura ficcional argentina de hoy en día, en las novelas de Elsa Drucaroff *El último caso de Rodolfo Walsh* (2010) y *El negro corazón del crimen* de Marcelo Figueras (2017). Drucaroff se imagina a un Walsh-padre que se pone en marcha como detective tras la noticia del asesinato de Vicky, su hija mayor y compañera de combate en Montoneros, determinado a descubrir a toda costa a los responsables. El libro de Figueras, por su parte, retoma el proceso de investigación que llevó a Walsh a reconstruir la Operación Masacre y publicar la primera novela de testimonio que denuncia al Estado.

## II. Periodistas-detectives en el México actual

El periodismo de investigación "a la manera de Walsh"<sup>6</sup> se ha vuelto en el México actual<sup>7</sup> una de las formas más urgentes para difundir la información, narrativizando los acontecimientos sin nunca faltar a su veracidad.

---

<sup>6</sup> Para una comparación del periodismo de investigación de Walsh con la mexicana Lydia Cacho, véase Bassi (2020).

<sup>7</sup> México es uno de los países más peligrosos del mundo para ejercer el periodismo según Reporteros Sin Fronteras, que lo coloca en el puesto 143 (de 180 países considerados) en lo que va de 2021. Véase la clasificación anual de la organización con respecto a la libertad de prensa (Reporteros Sin Fronteras España 2021).

Lydia Cacho (México D.F., 1963), periodista-escritora y activista de Derechos Humanos, cofundadora de la Red de Periodistas de México, Centroamérica y el Caribe, y del Centro Integral de Atención a las Mujeres en Cancún, se cuenta entre las protagonistas de la lucha contra el crimen a través de la escritura en la escena internacional. En su investigación *Esclavas del poder* (2010), relativa a la trata de blancas a nivel mundial, recurrió al disfraz y a la asunción de identidades falsas –igual que Walsh (bajo el alias de Francisco Freyre) en la reconstrucción de la Operación Masacre– y consiguió informaciones imposibles de sonsacar si se hubiera mostrado abiertamente como periodista: cuenta haber tomado café con una tratante filipina en Camboya, haber bailado en un *night club* en México con chicas traídas ahí por engaño desde Cuba, Colombia y Brasil, haber tenido acceso a un prostíbulo en Tokio. Un ejemplo concreto de la eficacia de tal técnica investigativa, esta vez en Ciudad de México:

Recorrer los barrios disfrazada fue una experiencia tremenda: algunos proxenetas me saludaban inclinando levemente la cabeza; las prostitutas mayores me decían "Rece por mi madre"; incluso el dueño de un motel le dijo a una de mis acompañantes que acababa de hacer un gran donativo a la basílica de Guadalupe. En los ojos de la gente había una mezcla de miedo y respeto hacia las religiosas. En definitiva, solo había dos formas de que una mujer pudiera caminar en esos barrios controlados por la mafia sin despertar sospechas: vestida de novicia o de prostituta (Cacho 2015b: 161).

En sus libros, que tratan temas muy complejos como la pedofilia y pedopornografía (*Los demonios de Edén. El poder que protege a la pornografía infantil*, 2005) y la prostitución, Cacho consiguió logros que un detective-hombre no alcanzaría, dado que las niñas y jóvenes víctimas confiaban en ella con naturalidad, sin sentirse sometidas a un interrogatorio, lo cual marca decididamente un punto a favor para las detectives mujeres, tan poco comunes en la historia de la literatura policial y la mayoría de las veces presentes tan solo como balance del protagonista, el detective masculino.

Además, en *Los demonios del Edén*, las investigaciones de la periodista son decisivas para llegar a la efectiva condena del pederasta Jean Succar Kuri y a la huida al extranjero como admisión de culpa de algunos de los cómplices en la red del pedófilo, como el empresario Kamel Nacif Borge o el cómplice encubridor por la parte política, el gobernador del Estado de Puebla, Mario Marín.<sup>8</sup> Como refiere detalladamente en *Memorias de una infamia* (2007), la periodista fue secuestrada y torturada a raíz de sus denuncias; recién en 2019 y por primera vez en México, el Estado ofreció a Lydia Cacho una disculpa pública por haber violado sus derechos humanos.<sup>9</sup> La obra de la detective lleva a efectos tangibles en la realidad –como en Walsh, si no fuera que los castigos

---

<sup>8</sup> Véase Cacho (2015a) e Indigo Staff (2020).

<sup>9</sup> Véase Santamaría (2019).

correspondientes en sus casos no se cumplieron– y concreta la condena de los culpables, dejando al mismo tiempo transparentar la podredumbre del sistema.

Otro nexo investigativo con Walsh es el punto de cercanía y al mismo tiempo de distancia en cuanto figuras de detectives 'rastreadores', por el espacio en que se mueven: las investigaciones de Cacho, sobre todo en el caso de *Los demonios del Edén*, abarcan también el ciber-espacio, en especial la *Deep Web*, y llega hasta el mundo sumergido de las cuentas P2P (*peer-to-peer*) en la *Dark Web*. A principios de los 2000, la periodista se valió de la indispensable ayuda de *hackers* profesionales para rastrear en la red los caminos de videos y fotos de pornografía infantil. En conjunto con testimonios directos de víctimas, la grabación de una entrevista-trampa al pederasta y escuchas telefónicas, el rastreo de evidencias se completó y la investigadora pudo reconstruir el contexto que le urgía denunciar.

Otro aspecto en común en el quehacer de ambos periodistas es el debido cuidado con las fuentes, aunque se enfrente a ello con una táctica diametralmente opuesta: Cacho falsea los nombres de sus informantes, así como de las víctimas, como recurso para protegerles; con la misma intención Walsh nombra claramente a los sobrevivientes de la Operación Masacre, para protegerlos de eventuales represalias de sus carnífiles, y solo anonimiza el nombre de "el terrorista llamado Marcelo", informante activo en la resistencia y desde la clandestinidad.<sup>10</sup> Surge en este aspecto un punto de posible crítica: cambiar los nombres es un recurso común para alcanzar la verosimilitud en las novelas de ficción basadas en lo real; en el caso de los policiales de testimonio con fines de denuncia, el recurso es aceptado y encuentra su balance de legitimación de la verdad en el material original, que se halla en manos de las y los periodistas denunciantes y que será probatorio a la hora de llegar a procesos judiciales.

Pasamos al ejemplo de un periodista masculino que condujo una investigación sobre feminicidios: en *Huesos en el desierto* (2002), Sergio Gonzales Rodríguez (México D.F., 1950–2017) se enfrenta con el enorme problema de los asesinatos de mujeres ocurridos en la ciudad fronteriza de Juárez desde 1993. En el proceso de trabajo fue contactado por Roberto Bolaño, que sobre aquellos acontecimientos plasmó "La parte de los crímenes" de su novela *2666*, incluyendo al propio Gonzáles Rodríguez como periodista activo en la ficticia Santa Teresa (Ciudad Juárez).

Por su parte, en la realidad, el investigador redactó un extenso reportaje, que abarca la reconstrucción cronológica de los feminicidios desde 1993 hasta 2002, las investigaciones policíacas, el estudio de trabajos de diversos expertos del tema, la profundización de las biografías de algunos personajes y, por supuesto, la exposición detallada de los casos y de todos los indicios a cargo de los que, uno tras otro, fueron

---

<sup>10</sup> Véase Walsh (2010b: 25).

encarcelados como posibles culpables. No obstante, los feminicidios no paraban. Así que el periodista mismo propone, en el capítulo "Cuentos crueles", considerar dos pistas que según él fueron desestimadas por los investigadores. La primera hipótesis sería una vinculación de los feminicidios con el ambiente de los rituales satánicos, celebrados también por algunos narcos (los Narcosatánicos), subrayando la conjunción de elementos como la pertenencia a ese mundo de integrantes del Cartel de Juárez, de fechas "mágicas" en que ocurrieron algunos asesinatos de jóvenes mujeres y distintas simbologías encontradas cerca de algunos cadáveres (triángulos, escorpiones) e inclusive la adoración de la Santa Muerte por parte de grupos narcotraficantes. La segunda opción sería una red de producción de *snuff movies*, películas-performance de violencias sexuales con final fatal para la víctima, y la inexistencia de copias de las cintas, lo que supondría la 'necesidad' de generar nuevas víctimas para cada filme. Vemos así como Gonzales Rodríguez es también un ejemplo claro de la acción del periodista no solamente como detective rastreador, sino incluso deductivo, aportando su activa contribución en la tentativa de solucionar el gran crimen y dar una vuelta de tuerca a la realidad denunciada.

Más allá del desciframiento del enigma y del descubrimiento de los ejecutores materiales, el aporte de *Huesos en el desierto* es sin duda el análisis del trasfondo socioeconómico, de pobreza, marginación, corrupción y narcotráfico que denotan Ciudad Juárez, y la sensación transmitida al lector de poder tocar con la mano la realidad del lugar y entender en última instancia las razones por las cuales se llega a tales y tantos feminicidios, así como la persistencia de la impunidad. Considera el autor en el prólogo:

¿Cuál sería la verdadera causa de la ineptitud? Se sabe que detrás de tales crímenes hay gente poderosa. A lo largo de los años *el gobierno mexicano ha protegido a los asesinos y quienes los patrocinan* cuantas veces ha sido necesario. *Huesos en el desierto* lo demuestra. [...] Estas autoridades han hostigado también a grupos civiles que defienden a las víctimas de la violencia extrema en Ciudad Juárez. En especial, *se ha atacado al grupo Nuestras Hijas de Regreso a Casa* [...] El desgobierno y la paralegalidad lucen como emblemas de una falsa democracia, en la que *el narcotráfico implica un factor inherente al sistema político*, y de ninguna manera algo externo a este, como tiende a decirse, o a creerse (González Rodríguez 2002: II-III; *itálicas agregadas*).

La muerte del autor fue debida a causas naturales y, sin embargo, como es obvio en ese tipo de escritura –en la que el detective coincide con el autor–, marcó el fin de sus investigaciones.

El joven norteno Diego Enrique Osorno (Monterrey, 1980), reportero, escritor y cineasta, desde el año 2000 cubre de manera activa los conflictos de la frontera norte, en Nuevo León, Reynosa y Tamaulipas. Entre sus innumerables proyectos se encuentra *Detective*, plataforma de periodismo y cine, y está por obtener también una licencia como investigador privado. En *La guerra de los Zetas* (2012), al profundizar el problema de la

violencia desencadenada por el grupo criminal de los Zetas –brazo armado del cártel del Golfo, que se independizó tras una sangrienta guerra por el control del territorio–, construye el problema como un *collage* de diferentes anécdotas. Algunas se presentan como enigmas independientes –el homicidio de un alcalde, el secuestro de dos jóvenes buscados por el padre, la desaparición de un grupo de trabajadores de una empresa de la zona–, cuyos detectives son otros y de los cuales Osorno es la voz.

A la hora de reconstruir la historia del homicidio del alcalde de Santiago, al sur de Monterrey, Osorno muestra muy claramente la complicidad de la policía local en los actos criminales perpetrados por los Zetas, llegando a lo que ya vimos en las novelas de testimonio de Walsh, con respecto a los policías culpables, solo que en este caso al mando de la policía están los narcos. En concreto, el asesinato del alcalde está vinculado con las dinámicas previas en su ciudad: la matanza de una decena de soldados en 2008 es imputada al Ejército a los Zetas, "la banda más perseguida por las fuerzas armadas acaso porque su núcleo principal está formado por desertores de la institución castrense" (Osorno 2013: 101). Tal parecería ser la súbita resolución del enigma de la historia, pero más adelante apunta otra evidencia, dejándola sin embargo a discreción del lector: "ellos no estaban solos sino que habían sido ayudados por policías locales, algo de lo que en la Secretaría de Defensa Nacional también estaban seguros" (Osorno 2013: 101). El alcalde decide dejar la situación en manos del Ejército y se produce una matanza de policías, acto final que llevó al secuestro y homicidio de Edelmiro Cabazos Leal. En efecto, como él mismo sospechaba: "Los captores eran policías de Santiago que formaban parte de una célula de los Zetas" (Osorno 2013: 117).

Por otro lado, el autor refiere también situaciones en las que la policía es claramente impotente. En el capítulo "Generación zeta", dedicado a las pandillas de jóvenes de la colonia Independencia de Monterrey trabajando para los Zetas, la policía no se atreve a entrar siquiera: "la necesidad y las poderosas armas suministradas por el narco forman ejércitos casi invencibles por su temeridad y fuerza" (Osorno 2013: 48). Refiriendo la historia de un paramédico del D. F. que emprende por la Frontera Chica la búsqueda de sus dos hijos desaparecidos en San Fernando, Tamaulipas, deja directamente la palabra a los protagonistas:

[Padre] –Bueno, estoy hasta dispuesto a ponerme un chip y entrar a la zona de San Fernando a quedarme ahí hasta encontrar a mis hijos– le dijo el paramédico al funcionario de la policía federal.

[Policía] –¿Y luego? ¿Quién va a ir por usted? [...] Le voy a ser franco. Cuando yo sé que va a haber desmadre en San Fernando, hasta saco mis muchachos de ahí, porque si no, me los matan. Ahí no se puede hacer nada ahorita. Está demasiado caliente. No la rasque (Osorno 2013: 249).

Asimismo, más adelante y de forma inequívoca, denuncia la podredumbre del sistema, rasgo típico de la novela negra:

En los bajos mundos policiales que el paramédico conoció mientras buscaba a sus hijos se dice que para tratar de entender algo que en realidad está todavía más enredado, a los del Cártel de Sinaloa hay que llegarles a través del PAN y a los Zetas, a través de algunos pesos pesados del PRI (Osorno 2013: 255).

Nos encontramos en un aparente juego de cajas chinas del crimen, donde la pesquisa principal del periodista-detective se compone de acciones criminales puntuales, que demuestran la magnitud y complejidad del problema principal. Mientras rastrea las huellas del crimen buscando al culpable, el periodista se enfrenta con la responsabilidad directa de los narcos y la indirecta en el Estado.

En Osorno encontramos también anécdotas referidas a sus 'experiencias de campo', como cuando iba de 'rastreador' y se incorporaba a la acción:

La inercia que había ese año en el país me llevó un día a montar un camión de asalto del Ejército, usando chaleco antibalas y casco militar, acompañando a los soldados a buscar zetas en Apatzingán, Michoacán, hasta donde se supone que haya llegado la plaga proveniente de mi tierra natal. La experiencia resultó algo así como ir con una caña de pescar a un acuario. No tardé mucho en darme cuenta de que detestaba ser un *rambo-periodista* que contaba muertes en lugar de intentar relatar las historia que había detrás de ellas (Osorno 2013: 32).

Para concluir el análisis de lo detectivesco en el periodismo de investigación actual en México, hay otros puntos que unen a la mayoría de las y los periodistas investigativos que llegan a ser considerados valiosos en su oficio, más allá de los tres aquí considerados en detalle.

Por un lado, el terrible destino de ser amenazados, obligados a exiliarse, o hasta ser desaparecidos o asesinados, los acerca evidentemente a las dinámicas de las que hablamos con respecto a Walsh, cuyas hazañas causadas por las investigaciones incómodas tenían efectos en su forma de trabajar en las siguientes y también concurrían a su popularidad como periodista comprometido. Entre los hodiernos detectives-periodistas mexicanos, muchos fueron contactados a raíz de sus primeros trabajos para dar voz a denuncias de otros crímenes. Y en el caso extremo de la desaparición o asesinato se da el fenómeno que más choca con una comparación con la literatura policial de ficción: la definitiva muerte del héroe de la historia, que es al mismo tiempo autor, lo que determina la imposibilidad de secuelas de sus (des)aventuras literarias y, en la vida real, la pérdida no

tan solo de un escritor, sino también de auténticos luchadores contra el crimen a través de sus denuncias.

Por otro lado, la relación con el (narco)Estado se basa en que, en la mayoría de los libros, la denuncia es al mismo Sistema-Estado –que permite o causa esos crímenes, no persigue a los culpables y encubre los casos, tergiversando o eludiendo la información al respecto–. Lo policial se encuentra pues en la composición de esas complejas investigaciones multifacéticas, donde el detective no persigue a un único criminal, intentando reconstruir el caso puntual y entregarlo a la justicia, sino que reconstruye unos fenómenos criminales que abarcan inmensas cantidades de delitos encadenados, y busca sacar a la luz a los culpables tanto concretos como a los mandatarios de las altas esferas de la política y la economía.

### III. Conclusiones

En los libros de no-ficción con fines de denuncia y más allá del *modus operandi* de sus autores, que son periodistas y a la vez protagonistas-detectives en sus escritos, se encuentran varios aspectos que permiten considerar la cuestión a través de la lupa de la literatura policial. Como vimos, profundizando el trayecto del precursor argentino Rodolfo Walsh desde el policial de ficción a este resultado híbrido –que facilita a través de recursos literarios la asimilación de los datos precisos de las denuncias–, la herramienta del policial de ficción subyacente a los textos y la actitud del periodista como detective son decisivos en el éxito de los libros y, por ende, en la difusión de las denuncias en nombre de una búsqueda de justicia.

La comparación con periodistas –mujeres y hombres– de investigación del México actual saca a la luz unos cuantos aspectos comunes, a pesar de las distintas épocas y lugares. El punto crucial en ambos casos es la ineficiencia, corrupción y responsabilidad del Estado en los crímenes denunciados: la Argentina pos-peronista, caracterizada por gobiernos de facto y dictaduras hasta la vuelta de la democracia en 1983, y el México de las últimas décadas, Estado democrático caracterizado por un alto nivel de corrupción debido a las dinámicas que se dan a raíz del poder del narcotráfico y la violencia e impunidad consecuentes.

El trasfondo sociopolítico de los crímenes es en este género el punto central; por lo tanto, en el universo de la literatura policial de ficción se acerca sin duda a la novela negra. Los periodistas-detectives muestran rasgos de rastreadores que trabajan en estrecho contacto con la gente, buscando indicios y evidencias de crímenes que ya desde su firma tienen un claro culpable. Se muestran también deductivos, llegando a proponer una solución en los casos demasiado complejos. Juegan un papel decisivo en el desarrollo de los acontecimientos presentados y a raíz de ello son amenazados, desaparecidos o

asesinados. Es en este aspecto que este género más difiere del policial de ficción: la muerte del detective-héroe de la historia y la imposibilidad de tener secuelas. La policía y en general el Estado tienen un rol negativo, en cuanto culpables, responsables intelectuales, encubridores. Estos periodistas no tienen nada en común con los detectives que colaboran con la policía, como Sherlock Holmes, o que directamente lo son, como Maigret. Entran en acción en el campo, disfrazándose, adquiriendo identidades falsas; en la pesquisa son a menudo acompañados y, cuando no es el caso, no es por protagonismo egocéntrico, sino por evitar el peligro a eventuales colaboradores. Y, por último, lo más novedoso: desde Walsh, que tenía por ayudante a una periodista mujer decisiva en las investigaciones, llegamos al México presente con muchas valiosas periodistas mujeres-detectives que son rotundas protagonistas y que llegan a resultados jamás logrables por un colega hombre, llegando a poder investigar crímenes nunca cubiertos anteriormente, como la trata de blancas.

### **Bibliografía**

AGUILAR, Gonzalo Moisés (1994): 'Rodolfo Walsh: escritura y Estado'. En: *Nuevo Texto Crítico* 12/13, 61-72.

BASSI, Roberta (2020): 'La denuncia de los poderosos y sus consecuencias. Tendiendo puentes entre Sur y Norte, pasado y presente: Rodolfo Walsh y Lydia Cacho'. En: *Estudios de Teoría Literaria. Revista digital: artes, letras y humanidades* 20, 46-57.

BOLTANSKI, Luc (2016): *Enigmas y complots*. México: Fondo de Cultura Económica.

CACHO, Lydia (2015a): *Los demonios del Edén. El poder que protege a la pornografía infantil*. México: Debolsillo.

CACHO, Lydia (2015b): *Esclavas del poder. Un viaje al corazón de la trata sexual de mujeres y niñas en el mundo*. México: Debolsillo.

CACHO, Lydia (2007): *Memorias de una infamia*. México: Grijalbo.

DRUCAROFF, Elsa (2010): *El último caso de Rodolfo Walsh: una novela*. Buenos Aires: Norma.

FERLA, Salvador (2007): *Mártires y verdugos. La insurrección de Valle y los 27 fusilamientos*. Buenos Aires: Continente.

FIGUERAS, Marcelo (2017): *El negro corazón del crimen*. Buenos Aires: Alfaguara.

GARCÍA LUPO, Rogelio (1994): 'El lugar de Walsh'. En: *Nuevo Texto Crítico* 12/13, 20-24.

GONZÁLES RODRÍGUEZ, Sergio (2002): *Huesos en el desierto*. Barcelona: Anagrama.

INDIGO STAFF (2020): 'Ubican a Kamel Nacif en Líbano; FGR tramita extradición por tortura de Lydia Cacho'. En: *Reporte Indigo*, 10 de julio. <https://www.reporteindigo.com/reportes/ubican-a-kamel-nacif-en-libano-fgr-tramita-extradicion-por-tortura-de-lydia-cacho/>.

OSORNO, Diego Enrique (2013): *La guerra de los Zetas. Viaje por la frontera de la*

---

*necropolítica*. Madrid: Vintage Español.

PIGLIA, Ricardo (2016): *Las tres vanguardias. Saer, Puig, Walsh*. Buenos Aires: Eterna Cadencia.

REPORTEROS SIN FRONTERAS ESPAÑA (2021): 'Clasificación 2021 | Tabla de países'. En: *rsf-es.org*, 20 de abril. <https://www.rsf-es.org/clasificacion-mundial-2021-tabla-de-paises/>.

SANTAMARÍA, Verónica (2019): 'El Estado mexicano reconoce que falló y se disculpa con la periodista Lydia Cacho'. En: *Animal Político*, 10 de enero. <https://www.animalpolitico.com/2019/01/lydia-cacho-disculpa-publica/>.

WALSH Rodolfo (2013): *Cuentos completos*. Editado por Ricardo Piglia. Buenos Aires: Ediciones de la Flor.

WALSH, Rodolfo (2010a): *Die Augen des Verräters*. Traducido por Wolfram Nitsch. Zürich: Rotpunktverlag.

WALSH, Rodolfo (2010b): *Operación masacre*. Buenos Aires: Ediciones de la Flor.

WALSH, Rodolfo (2010c): *¿Quién mató a Rosendo?*. Madrid: 451 Editores.

WALSH, Rodolfo (1973): *Caso Satanowsky*. Buenos Aires: Ediciones de la Flor.